

# *Marxismo e Historia enseñada*

**Dolores Sánchez Durá**

*I. B. Ramón Llull*

*Valencia*

## ***1. Los marxismos diversos y su recepción desigual en España***

Ciertas corrientes de pensamiento decisivas a la hora de entender el profundo cambio cultural con el que se enfrentó el mundo democrático al finalizar la Segunda Guerra Mundial deben ser estudiadas en cada contexto concreto como “depósitos históricos” distintos. Es decir, interesa más tener en cuenta las formas de asumir los diferentes cuerpos teóricos y doctrinales por los sujetos que, de manera intencional, esgrimieron análisis marxistas, estructuralistas o hermenéuticos, que los propios contenidos tal como aparecen en los textos canónicos de cada corriente; teniendo en cuenta que tales sujetos formularon sus propias relaciones con tales corrientes como seres sociales, desde sus propios soportes culturales.

Las determinaciones históricas de España desde los años setenta del pasado siglo y las que enmarcaron el curso histórico del XX en nuestro país, lo separan en muchas cosas, en lo cultural, del resto de países europeos que a partir de esas fechas iniciaron un camino difícil hacia el liberalismo democrático, atravesando dos guerras mundiales, un período de entreguerras especialmente innovador -el movimiento moderno-, y una relación compleja con el fascismo que, a principio de la década de los cuarenta, parece haber ganado la partida al pensamiento democrático; lo cual reforzará el prestigio del comunismo, y por ende del marxismo, por su línea de resistencia inflexible ante la amenaza que nadie quería ver, y, lo que es peor, combatir.

El aislacionismo de España, que vive un ensimismamiento cultural y un crecimiento económico que no acaba de despegar ni de cambiar del todo las estructuras profundas del débil capitalismo y liberalismo de la sociedad española, configuran una especial relación con las ideas y corrientes del mundo contemporáneo. Por una parte, las ideas marxistas quedarán confinadas como “cultura popular” en el seno del movimiento obrero. Pero la débil urbanización y la débil industrialización favorecerá una extensa presencia del anarquismo y de sentimientos y actitudes milenaristas, más que una producción propia como se dio en Inglaterra con el socialismo cartista, el owenismo, el sufragismo, o en Francia donde huelga decir que la herencia de la Revolución, el poderoso movimiento romántico del 48, o la resistencia de la Comuna, producirá una concepción propia del radicalismo democrático y del socialismo.

Por otra, la duradera presencia del régimen de la Restauración, la Dictadura de Primo de Rivera, el corto interregno republicano que se acaba con la dramática derrota de la izquierda y de los demócratas tras una guerra civil, y la inacabable noche franquista que pervive en las decisivas décadas post-guerra mundial y en los vertiginosos sesenta, harán muy difícil que las élites o los grupos sociales que estudian en las Universidades o escriben, leen y reflexionan, se pongan en contacto de manera creadora con las concepciones modernas.

Dicho ésto, hablemos de que, quizá por esta penuria, otras líneas de pensamiento fueron recibidas más entusiásticamente que otras. Por ejemplo, la Institución Libre de Enseñanza, y antes el regeneracionismo, impregnan de actitudes socialistas/ humanistas y reformadoras a nuestros pensadores más famosos.

Pero, con ciertas excepciones, no hay una producción española marxista, más allá de la prensa revolucionaria bastante dogmática, por cierto, y que hace una interpretación “de catecismo” de lo que antes he llamado textos canónicos (esta afirmación es extensible a las producciones del Partido Comunista de España (PCE) y a las del Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM), cuya revista *Comunismo* en 1930 en su primera editorial *Nuestros propósitos* define así los fines de la Oposición de Izquierda española: “La Oposición Comunista de izquierda internacional... lucha por evitar que los dirigentes de la I. C., los burócratas que preconizan tan bastardas ideas, cual lo es la incluida en el programa de la Internacional, defendiendo la posibilidad de edificar el socialismo en un sólo país continúen conduciendo al ejército del proletariado mundial por el camino de errores y fracasos tan enormes y funestos”).

Un libro de reciente publicación, cuyo autor es Manuel Azcárate, da exacta cuenta de estas afirmaciones anteriores. En el primer capítulo, cuando habla de su infancia en el seno de una familia de la Institución Libre de Enseñanza, nos

remite al texto de D. Francisco Giner de los Ríos que se convirtió en el acta de constitución. “Se crea en Madrid, dice el texto de Giner, “una institución libre, consagrada al cultivo y propagación de la ciencia en sus diversos órdenes principales, especialmente por medio de la enseñanza... Esta institución es completamente ajena a todo espíritu e interés de comunidad religiosa, escuela filosófica o partido político; proclamando únicamente el principio de la libertad e inviolabilidad de la ciencia y de la consiguiente independencia de su indagación y exposición respecto a cualquier otra autoridad que la de la conciencia”. Gíner parece desplazarse de Rousseau a Comte sin dificultad. Es decir, jacobinismo y cientifismo. Ojalá Giner y los que eran y pensaban, entonces, como él hubieran ganado en España. Ahora seguramente estaríamos hablando de otras cosas. Pero la Institución, Giner, Azcárate y Cossío, no eran marxistas, ni owenistas, ni fourieristas. Aunque a la vista de la respuesta de D. Marcelino Menéndez y Pelayo, que juzgó sus intereses en los términos siguientes: “asentar en términos formalmente heréticos la omnímoda libertad de dar a las nuevas generaciones veneno en vez de leche”, debemos pensar que la Institución fue muy importante en la historia de España, y, lo que es peor, fue muy importante su derrota.

De nuevo Azcárate nos da la clave; para él “la Institución era pues una isla de libertad de conciencia en un país sumergido en el dogmatismo cató-

lico”. Porque parece imposible comprender la historia moderna de España sin hacer mención a la peculiar y específica manera en que se establecieron las relaciones entre la sociedad, el Estado y la Iglesia.

Azcárate es un testigo excepcional porque su biografía es objeto de su propia explicación histórica. En ese sentido, convierte sus gestos y sus acciones pasadas en *efecto y responsabilidad al mismo tiempo*. Lucha contra el imperialismo del presente -sobre todo el consenso que existe sobre el fracaso del socialismo real y las miserias del estalinismo- como única línea explicativa. Intenta comprender cómo fue posible que pasara lo que pasó, desgajando del presente huellas interpretativas, pero aportando con desnudez y limpieza los argumentos de los contemporáneos frente al fascismo, la guerra de España, o la crítica a las democracias de Munich.

Nos narra con distancia y lucidez analítica, cómo pasó del pensamiento liberal democrático reformador al marxismo. Dice así:” En 1934 no había, ni en la derecha ni en la izquierda, el mismo culto a la legalidad constitucional que existe hoy. Se trata de un fenómeno relativamente reciente, incluso europeo, que se produce después de la segunda guerra mundial: a partir de ese momento, la hipótesis de una toma del poder por medios violentos desaparece del escenario europeo. Pero en la etapa anterior, por asentada que estuviese la democracia parlamentaria,

existían fuerzas políticas relativamente importantes que postulaban formas violentas, ilegales, de acceder al Gobierno. Los comunistas y los anarquistas preconizaban, cada cual a su modo, la insurrección armada para acabar con el capitalismo. Por otra parte, la derecha en España, después del advenimiento de la República, por no remontarnos periodos anteriores, había demostrado su desprecio por la legalidad de todas las formas, desde el golpe militar de Sanjurjo de 1932 hasta el intento del cardenal Segura de salir de España clandestinamente.

Y existía, sobre todo, un problema más concreto planteado en el ámbito europeo: el fascismo surgido en Italia en la década de los veinte había puesto al orden del día nuevas formas de emplear la violencia para tomar el poder. Mussolini, en 1924, había demostrado que era relativamente fácil, con una presión en la calle de pequeños grupos armados, lograr la capitulación del Estado monárquico tradicional... Todos estos hechos estaban vivos en las mentes de los políticos españoles en el año 1934...” .

En la nómina de la Residencia de Estudiantes figura lo más ilustre de la cultura española y si nos detenemos en las personas , casi todas ellas, con la excepción de Alberti y, quizá, de Negrín, sus vinculaciones con el marxismo fueron escasas. Sólo Ortega tiene un diálogo fluido con el marxismo como lo tiene con las principales corrientes de pensamiento contemporáneas.

Cierto es que desde el año 1936, el desarrollo del PCE o de otros partidos marxistas como el POUM fue importante , pero la guerra y la derrota posterior truncaron de raíz este proceso. Si recordamos la experiencia de revistas como Nueva Cultura o el Congreso de escritores antifascistas, podemos añorar la dimensión de todo lo que se perdió.

El marxismo vuelve a tener presencia en nuestro país con la aparición en los años sesenta de los movimientos antifranquistas. La tradición socialista y reformista se ha perdido. No hay una línea de continuidad con lo anterior: serán los estudiantes antifranquistas y el movimiento sindical de Comisiones Obreras (CC. OO.) los que empiecen a introducir lecturas marxistas: y aquí habrá dos líneas claras, una ortodoxa, que seguirá las pautas marcadas por la dirección del PCE, muy vinculada a la URSS en los sesenta y, claramente demarcada de ella a partir de la invasión de Checoslovaquia, y otra, heterodoxa, que irá a beber en otras fuentes: Althusser, Gramsci, Mao o en el marxismo inglés.

Todo ello configurará una tradición marxista muy especial: las distintas militancias configurarán, asimismo, aproximaciones distintas, pero sin poderse apoyar en escuelas marxistas, en repertorios historiográficos o debates con otras disciplinas o corrientes de pensamiento. Por ejemplo, no hay nada que se pueda comparar con la escuela de los Annales y el fructífero debate que esta-

bleció con la economía, la sociología o el psicoanálisis; o al debate francés entre fenomenología, existencialismo y marxismo. O, como la historia cultural y social impregnó al marxismo inglés dando lugar a una producción historiográfica y teórica propia muy rica. O, el vivo debate que el marxismo italiano emprendió desde el final de la Segunda Guerra Mundial sobre el concepto de hegemonía y el problema de entender la revolución como el asalto a una fortaleza sitiada.

En España, el modelo más extendido, porque era el más sencillo, fue el del marxismo soviético, con las connotaciones que luego analizaremos. Concluimos que para estudiar el impacto del marxismo en la Historia enseñada, deberíamos saber más sobre la peculiar manera en que se recibió esta corriente en España, cómo unos sujetos culturalmente determinados se convirtieron en marxistas, por qué razones, con qué intenciones. Todo ello nos proporcionará el soporte para investigar actitudes en el aula, prácticas, textos usados, referencias, etc..Y, sobre todo, nos proporcionaría una foto de lo epidérmico del fenómeno, de ciertas cargas dogmáticas, de actitudes acríticas y de importación sistemática de pautas de análisis del exterior.

Teniendo en cuenta que toda clasificación supone una necesidad de simplificar y agrupar elementos, podríamos definir cuatro grandes bloques de marxismos:

**A) El marxismo soviético:** el primero en el tiempo sería el que Marcuse

llamó el Marxismo soviético en un libro que titulaba así en el año 1958. Es decir, el marxismo que contenían las traducciones de los clásicos de la editorial Progreso, textos de autores como Kuusinen u otros y las elaboraciones teóricas del PCUS, de la Komintern y, luego, del Kominform. Expresan fundamentalmente el punto de vista de los intereses de la construcción del socialismo en la URSS y el papel dirigente del PCUS. Antes y después de la muerte de Stalin en 1953 las cosas variarán poco.

Un materialismo histórico de contenido muy economicista, sobre todo a la hora de definir y analizar la estructura de clases y determinista en sentido fuerte. De tendencias milenaristas y mesiánicas, sólo consigue dar cuenta del conflicto social cuando aparece el proletariado, que es cuando se entiende que existe una salvación histórica, o al menos, por decirlo con términos menos piadosos y más actuales, cuando la Historia adquiere significado inmediato. Los anteriores conflictos sociales los percibe como meras prefiguraciones del único enfrentamiento que tiene sentido histórico: el conflicto entre burguesía y proletariado. Su esquema de la sucesión de los modos de producción es sencillo; en el fondo el cambio histórico se hace depender de una sola variable: el crecimiento de las fuerzas productivas y el desajuste que este crecimiento produce con las relaciones de producción establecidas. El traje, como consecuencia, se rompe por las costuras. En ese sentido, la superestructura,

es decir todo lo que sucede fuera, en el exterior de la producción, no merece una atención demasiado profunda (más adelante, pondremos como ejemplo de esta afirmación quizá demasiado simple el famoso problema de la definición marxista de feudalismo).

A la hora de analizar el capitalismo contemporáneo, dice Marcuse, y creemos que con acierto: "El marxismo soviético ve toda la evolución capitalista desde la primera guerra mundial como si se tratara de un solo período: las subdivisiones de este período parecen representar solamente etapas en el crecimiento de una tendencia básica única. Sus rasgos principales, tal y como los interpreta el marxismo soviético son los siguientes:

1. El triunfo del capitalismo monopolista sobre los elementos supervivientes del capitalismo "libre".
2. La organización del capitalismo monopolista, a escala internacional, sobre la base de una economía de guerra permanente (potencial o real), con crecientes "tendencias hacia un capitalismo de Estado".
3. La subyugación económica y política de las potencias capitalistas más débiles por las más fuertes, y de estas por la potencia capitalista más poderosa (los EE. UU.); y la creación, con ello, de amplias zonas intercontinentales de "explotación".
4. La movilización total de todos los recursos humanos, materiales y técnicos para la lucha contra el comunismo.
5. La restricción o la abolición completa del proceso democrático, de las libertades civiles y políticas, y de las ideologías liberales y humanitarias.
6. La contención por la fuerza y la "corrupción" del potencial revolucionario en el seno del sistema capitalista.
7. La división socio-política en los campos "imperialista" y "socialista".

Antes de explicar esta interpretación debe de responderse a tres preguntas: 1)¿Como justifica el marxismo soviético la suposición de una sola tendencia básica durante todo el período subsiguiente a la primera guerra mundial, en vista de la manifiesta dificultad de colocar al fascismo y a las democracias occidentales, la "grande alliance" y la "guerra fría", bajo un denominador común? 2) ¿Cómo puede armonizarse la noción de la contención eficaz de las fuerzas revolucionarias en el seno del sistema capitalista con los periódicos "giros a la izquierda" y las aventuras agresivas de la estrategia comunista, y 3) con el crecimiento espectacular de los partidos comunistas francés e italiano después de la segunda guerra mundial?"

Creemos que análisis como este que, en el fondo no escondían otra cosa que la defensa de los intereses nacionalistas rusos, debilitaron más al marxismo que una supuesta pérdida de vigencia intelectual de los textos clásicos de Marx o de bastantes de los textos de Lenin. A base de dogmatismos, "tendencias únicas", teorizaciones del tipo de "la lucha de clase contra clase "que

estuvo en la base de las acusaciones a los “socialfascistas o social traidores”, el poderosísimo instrumento de análisis que era el materialismo histórico se debilitó, sobre todo porque solía equivocarse casi siempre y cosechó importantes fracasos frente al ascenso del fascismo y del nazismo.

### **B) El marxismo anglo-sajón:**

El marxismo inglés podría constituir un segundo bloque. Muy emparentado con el movimiento tradeunionista, y muy influido por el análisis de la cultura de las clases populares inglesas en el proceso de transformación industrial y capitalista. Heredero del empirismo anglosajón, no duda acerca de la importancia de reconstruir a partir de las evidencias las formas de vida, de resistencia y de organización de las masas populares: la vida de los campesinos y los efectos de las revoluciones burguesas sobre ellas, la formación de la clase obrera inglesa, los efectos de la urbanización, el trabajo de las mujeres y los niños, los procesos de colonización etc. Todo ello configura un estilo de Historia social, construida desde la perspectiva marxista, pero también conectada con el socialismo reformista inglés, de menor contenido doctrinario y muy rico desde el punto de vista historiográfico. Citaremos a E. P. Thompson como máximo teórico de esta escuela, que las editoriales *Crítica* y el profesor Fontana como director de la colección difundieron a principios de los ochenta, aunque las obras más

conocidas y con anterioridad fueron las de Hobsbawm, en concreto su historia de las revoluciones burguesas. Del marxismo anglo-sajón dejamos muchas cosas por decir. Por ejemplo, sus lazos nunca rotos con el concepto de la historia de Carr, sus relaciones con Collingwood, las aportaciones de Dray, autores que siempre dejaron visibles a los sujetos, a sus intenciones y salvaron la acción humana como última razón de la Historia. También una determinada concepción del liberalismo democrático, que tiene sus raíces en una concepción puritana, que siempre tiene presente a la comunidad de lectores de la Biblia, en tanto que iguales capaces de autodeterminarse en sus decisiones de manera democrática. Este contexto aporta un sustrato cultural muy distinto del contexto jacobino francés, que recibe el marxismo casi como una continuación del Rousseau practicado en la Revolución francesa y su confianza en el Estado como instrumento desde el que se puede ejecutar una política revolucionaria, basada en la voluntad general, de manera uniforme, igualitaria y con dosis de autoritarismo nada despreciables.

Poco tienen que ver estos contextos con el nuestro, aunque, más cerca podemos estar del francés que del inglés. Volvemos a remitirnos a nuestro punto de partida: ¿cómo recibió, percibió y construyó nuestro país la modernidad?. Porque los “lugares de memoria”, la Historia enseñada que está en íntima relación con la construcción de una u otra memoria nacional, y, por lo tanto,

las formas de inscripción del marxismo o marxismos en ella y las transformaciones y aportaciones que ha operado en ésta dependerán en gran medida de establecer las líneas del proceso. Por ejemplo, es indudable que, para la historia de Inglaterra, es fundamental la manera en que los historiadores ingleses marxistas estudiaron la Revolución Industrial o la construcción de la cultura o la conciencia de la clase obrera inglesa. Para la Historia de Francia es muy importante la historiografía marxista sobre la Revolución Francesa (Soboul, Vovelle y su relectura de Michelet, etc.). Probablemente para la Historia de España es importante el debate que los historiadores marxistas han planteado sobre la manera en que en España hubo, de una determinada forma, una revolución burguesa/liberal, matizada por muchas mediaciones, pero que en definitiva fue eso, burguesa y liberal y no mera pervivencia del antiguo régimen. También es importante la polémica sobre la revolución y la guerra o la defensa de la legalidad republicana frente a las posiciones que esgrimían la necesidad de hacer la revolución antes que ganar la guerra. Por supuesto hablamos de la II República y la Guerra civil.

### **C) El marxismo francés. Althusser.**

E.P. Thompson le dedica un libro, de muy interesante relectura en estos tiempos, porque alguien tendrá que reconocer alguna vez la capacidad de crí-

tica y de renovación entre los autores marxistas. El marxismo francés produjo en la década de los sesenta un marxismo que bebe tanto en las aguas del Marx maduro, despejado el campo de "impurezas idealistas", como en otras fuentes: el materialismo de Spinoza y la filosofía de la sospecha de Nietzsche. Esta escuela, que sin duda encabeza Althusser con todos los honores, pero también con todas las servidumbres y bastantes miserias, produce lo mejor de su obra en pleno éxito del estructuralismo y no se comprende la una sin el otro. Para Althusser, la historia no es más que un proceso sin sujeto. No importan las acciones y las intenciones de los sujetos, sólo importa consolidar un fuerte aparato teórico que permita enfrentarse al análisis del proceso histórico como síntesis de los diferentes ritmos de las instancias que actúan en las determinaciones de las formaciones sociales, dentro de un complejo entramado de dominaciones, sobredeterminaciones y jerarquizaciones.

Para ello recurre a la dualidad estructuralista de lo diacrónico y lo sincrónico, poniendo el acento sobre este último aspecto. Se intenta una definición teórica, no ideológica, del concepto de modo de producción, una nueva tónica de las instancias que en el se insertan y se intenta definir cuál es la forma en que se articulan unas con otras, sus relaciones de dominación y jerarquización. El concepto de autonomía relativa permite a los althusserianos moverse por el arte, la religión, lo

jurídico, con total libertad, olvidando la “necesidad” de lo económico. Y aquí se produce una inversión con respecto al marxismo soviético. La última instancia que determina los modos de producción, la económica, apenas es tomada en consideración. Influidos por la Revolución Cultural China, por el pensamiento de Mao y sus análisis sobre la contradicción, ponen en primer plano la definición de las clases en cuanto que entran en conflicto. Véase Poulantzas y su análisis del fascismo y de la III Internacional o Bettelheim y su estudio del Estado soviético, como expresión de su apropiación por parte de una nueva clase social que podríamos definir como la Nomenklatura. En definitiva es el espacio de lo sincrónico, donde las estructuras en presencia mantienen relaciones funcionales que hay que definir. El principal problema es la comprensión del tiempo y del cambio histórico. Parece que esta corriente es incapaz de dar cuenta de él, y tal como le pasa al estructuralismo, acaba anulando la historicidad en sus materiales fundamentales: la comprensión del acontecimiento en un imposible acontecer.

Por otra parte, hacen del marxismo una teoría del conocimiento totalmente desligada del empirismo. Positivismo, empirismo, humanismo e historicismo son las bestias negras del pensamiento althusseriano. En definitiva, el materialismo histórico debe ser una ciencia dura, que debe mantener un rigor metodológico similar al que preside las

matemáticas. Las evidencias, los datos empíricos, sólo pueden existir a la luz de unas categorías teóricas previas que puedan desvelarlos, hacerlos existir. Así pues, algunos de los seguidores de esta corriente se sienten más interesados por la teoría que por el archivo. O, por no simplificar, más vale no ponerse en contacto con los datos fragmentarios archivísticos, si previamente no se ha dotado al investigador de unos potentes anteojos que puedan filtrar la marea empírica de los datos apretados e informes.

Es notable la falta de diálogo que mantiene Althusser con la riquísima aportación historiográfica de la Escuela de los Annales, con Bloch, con Braudel, o con Marrou, con Vovelle o Le Goff, y sus aportaciones sociológicas y antropológicas, cuyos orígenes marxistas son indudables. Sólo Foucault parece visible para la escuela Althusseriana y, es difícil, no reflexionar sobre el siguiente problema: las obras de este autor dan cuenta de la construcción de objetos como la sexualidad, la cárcel, la locura, pero en tanto que objetos abstractos, más allá de las cuantificaciones, de los casos cualitativamente considerados, es decir, los sexuales, los locos, los encarcelados, sólo son visibles en la medida que forman parte de una representación fantasmagórica, como productos abstractos de construcciones ideológicas. Esto sea dicho sin demérito a la obra del filósofo citado que abrió un camino importante para una forma de hacer historia totalmente

al margen del empirismo y con una fuerte carga interpretativa que la hace extraordinariamente interesante.

La desaparición de los sujetos, y la construcción de la historia como un proceso sin sujeto, permite su vaciado moral, la no exigencia de responsabilidades que es sustituida por la primacía del punto de vista políticamente correcto y de los intereses del proletariado. Entender la historia absolutamente como un constructo, como un efecto de un proceso que se teje en la opacidad de las estructuras, permite deslizarse a un terreno donde no parece tener relevancia el tener en cuenta el problema de la responsabilidad y, en ese sentido, la historia carece de manera abrupta de sentido. No quiero acabar sin decir que las importaciones del althusserianismo al aula son casi un suicidio, porque apenas permite otra actividad del alumno que la de admirarse por la brillantez del discurso, que suele ser hermético, cerrado y referido a sí mismo y en absoluto permite jugar con los elementos inherentes al discurso de la historia: la reconstrucción, la manipulación de fuentes, el ponerse en el lugar del otro, etc.

#### **D)El marxismo gramsciano.**

Por último, en los años setenta, de la mano de la lucha política antifranquista, sobre todo desde formaciones políticas como el Partido Socialista Unificado de Cataluña (PSUC) o revistas como *Taula de Canvi*, harán en España su aparición con fuerza los aportes del

marxismo italiano. Sobre todo los análisis de Gramsci sobre el concepto de hegemonía y sus análisis sobre el Estado. Así, como su importantísimo estudio sobre el Risorgimento italiano y sobre el fascismo. Los análisis de Gramsci, pero también de Togliatti y del Partido Comunista Italiano, cambian en parte el concepto marxista tradicional de la historia, desplazándose el objeto de análisis de lo económico a lo cultural, entendiendo este concepto de forma muy amplia. No basta estudiar el Estado como una fortaleza de las clases dominantes, sino el complejo conjunto de fuerzas sociales, culturales, económicas, que hacen posible la expresión de determinada forma de estado y no otra, y, por ende, el análisis del cambio social y político se convierte en algo más rico que el puro enfrentamiento entre las clases. El concepto de asalto a la última fortaleza, el Estado, es sustituido por la necesidad de construir un bloque hegemónico desde el punto de vista cultural, mayoritario, que no sea absorbido por el propio aparato conquistado, sino que pueda transformarlo porque, previamente, ha conquistado la hegemonía cultural y construido un nuevo bloque dominante. En ese sentido, el de acceder a la conquista del poder respetando las vías de las mayorías expresadas en las urnas, estas concepciones marxistas fueron extraordinariamente importantes en las elaboraciones de políticas cruciales en los setenta: el compromiso histórico de Berlinguer, el eurocomunismo de Carrillo, fueron elaboraciones

que impregnaron una cierta forma de hacer política que seguirá teniendo efectos durante un período que todavía no ha acabado.

El espacio de este artículo no nos permite ir mucho más allá en la valoración de la producción historiográfica española hecha desde estos diversos puntos de vista marxistas. Quizá el marxismo economicista ha pesado mucho, aunque textos de autores como Clavero, Fernández Albadalejo, Fontana, Tomás y Valiente, Valdeón, Artola, Tuñón de Lara, por no citar nada más que a los más conocidos, reflejarían un cierto cruce de influencias. Pero en este tema no entraremos. Digamos, porque es de obligado cumplimiento, que, quizá uno de los autores marxistas de mayor repercusión en nuestra formación fue Pierre Vilar, y sus obras "Cataluña en la España Moderna" o "Crecimiento y desarrollo", que requerirían un análisis detallado.

## ***2. El marxismo como modelo explicativo en la Historia enseñada***

Vayamos ahora un poco más allá y atrevámonos a valorar lo positivo y lo negativo del modelo. A pesar de sus diferencias, todas las corrientes descritas han sido percibidas como una sola. Puesto que profesores e historiadores se consideraban a sí mismos como marxistas o no marxistas, al margen de otros adjetivos. Me interesa destacar

que ser o no marxista suponía una serie de compromisos globales con una manera de entender la historia y que se pueden resumir en algunas proposiciones fundamentales del materialismo histórico: el ser determina la conciencia, la superestructura depende de la infraestructura, el modo de producción es el continente de la razón última de la explicación social, la lucha de clases determina el cambio histórico, etc. Ciertamente es que más que a Marx el mundo conoció el marxismo a través de Engels y su simplificación de la compleja obra de Marx.

En este sentido lo positivo parece claro. El modelo marxista proporciona instrumentos de análisis sólidos, contrastados, ofrece una teoría que proporciona una explicación del cambio histórico. Ordena, sistematiza, e introduce una racionalidad en la historia heredera de la Ilustración, francesa o kantiana, y de la lectura de Hegel de la dialéctica del Espíritu. Exterioriza el objeto, y lo explica desde él mismo. Proporciona nexos causales, no vamos a entrar en la polémica que aquí no hace al caso sobre la naturaleza "científica" o no de esos nexos, entre lo económico, lo social y lo político. Produce explicaciones sociales de contenido aceptado casi universalmente: por ejemplo, a pesar de las dudas de Furet sobre el contenido burgués de la Revolución Francesa, es difícil entenderla sin darle un contenido de clase burgués revolucionario contra el Antiguo Régimen y el propio Furet vuelve una y otra vez al concepto

de burguesía para matizarlo, o ver qué era ya burgués en la nobleza más dinámica etc... Por otra parte, ofrece una perspectiva general de la sucesión de los diferentes modos de producción y entra a analizar los problemas de las transiciones entre unos y otros. Da cuenta de la progresión histórica y da argumentos teóricos para “la necesidad” de los cambios. Explica el problema de la acumulación primitiva del capital, conceptualiza la categoría de plusvalía... Además, el marxismo en la revolución rusa de 1917 encuentra en Lenin un traductor y un exigente intérprete, que estruja los textos para encontrar respuestas en una situación de extrema urgencia que en absoluto entraba en los cálculos o consideraciones marxianas. La Revolución de Octubre, de alguna manera, sirvió de contrastación para la teoría marxista, traicionada o no, eso es lo de menos, rusificada, más leninista que marxista; creo que es claro que el marxismo tomó cuerpo “práctico” con el proceso de la revolución rusa. Quizá por eso, de alguna manera esté indisolublemente ligado a él, y el final de la experiencia soviética suponga también una muerte del marxismo. Pero Lenin produce una teoría del Imperialismo de incontestable fuste, que seguimos manejando, y, lo que es más importante, ofrece toda una serie de análisis e hipótesis sobre la revolución en Rusia, sobre la conquista del poder, el papel del partido comunista como instrumento revolucionario y el análisis de las clases y frac-

ciones de clase que intervienen en el proceso.

Por todo ello, el modelo marxista ha funcionado como un modelo alternativo a la caduca historia política general, ha sustituido eficazmente a los trasnochados historicismos tipo Toynbee, reinterpretando el concepto de historicidad y permitiendo historiar las ciencias u otros objetos con autonomía, pero dentro de contextos más generales. En este sentido, durante décadas produjo un discurso explicativo distinto al de la Historia tradicional que, al mismo tiempo, reunía requisitos de sistematicidad, racionalidad y recurrencias que lo hacían especialmente apto para las aulas.

Lo negativo del modelo también salta ya a la vista por sí sólo. Cómo no hacer referencia a la invisibilidad progresiva de los sujetos y la progresiva insistencia en la causalidad estructural o en esgrimir conceptos demasiado abstractos, como burguesía, proletariado, sociedad esclavista, campesinado, por fuera de determinaciones más concretas y haciéndolos intercambiables en contextos históricos claramente diferenciados; lo que al final no explica nada, o proporciona una visión esquemática y poco rica de los procesos concretos.

Veamos algunas de las servidumbres, a modo de ejemplo: la excesiva linealidad en la fatalidad “económica” de la sucesión de los modos de producción da un carácter teleológico a la Historia que sólo parece tener sentido desde aquellas sociedades que han completado el ciclo o están en la antesala

para hacerlo. La crisis del “socialismo real” deja sin argumentos a toda esta corriente marxista.

El ejemplo del feudalismo es muy relevante en esta línea de criticar la “obsesión por la infraestructura”. El marxismo definió el feudalismo como el modo de producción que se apropiaba la renta excedente de la tierra por métodos coercitivos extraeconómicos: sin embargo, se ha insistido más en los mecanismos de producción y extracción de la renta que en las formas extraeconómicas de apropiación real. Duby con su análisis de los tres órdenes que construyen el imaginario de la sociedad feudal, explica mucho más el complejo proceso de dominación de la sociedad feudal que toda la amplia producción marxista en torno a ella. Otros autores, como el sociólogo americano Thorsten Veblen en su libro *Teoría de la clase ociosa* remite a la segregación de una clase ociosa y a la distinción entre tareas dignas e indignas en las sociedades que tienen la guerra como actividad fundamental.

Otras variables son absolutamente despreciadas; por ejemplo el funcionamiento de las religiones en las sociedades antiguas o de mecanismos de orden simbólico que inciden en la comprensión de estas sociedades de manera más fundamental que el esclavismo. La dificultad de entender a los “otros”, que proporciona débiles explicaciones en torno a procesos como el Descubrimiento de otros mundos o la Conquista de América en nuestro caso, en la que

el marxismo apenas tiene nada que decir sobre el encuentro con otras culturas, a parte de insistir en la necesidad de ampliar mercados, obtener materias primas o metales preciosos.

El problema más grave, que ya hemos apuntado, es la dificultad de explicar la llamada “superestructura”, la cultura como elemento fundamental para entender el orden simbólico, las representaciones, las formas y vías de interiorización de las actitudes dominantes, la construcción social de las clases que, aunque inscritas en una determinadas relaciones de producción, se configuran en procesos sociales y culturales, las mentalidades, o el habitus o los estilos de vida. Todo este repertorio de problemas, que en la historiografía actual proporciona puntos de vista muy ricos en el avance de los problemas y en la progresiva apertura de nuevos territorios históricos, no han sido tomados por los historiadores marxistas como prioridad -hay excepciones- y, en este sentido, la renovación historiográfica no parece venir del cuerpo teórico marxista.

Otros problemas han venido del lado de la sociología. Por ejemplo, el marxismo no ha sabido dar cuenta minuciosa, a veces por desinterés, sobre las reconstituciones de las élites, sobre quiénes eran en realidad aquellos que se apoderaban de los aparatos del Estado en los procesos revolucionarios; o, sobre los mecanismos de movilidad social, de cooptación, de identificación con status anteriores que siguen siendo de una

manera u otra reproducidos. En este aspecto del cambio social, encontramos análisis más lúcidos en obras como la de Alexis de Tocqueville , *El Antiguo Régimen y Revolución*, que sostiene que la Revolución Francesa no fue más que la finalización ineluctable de una evolución de muy larga duración -la centralización administrativa- emprendida por la monarquía.

Por último insistamos en que la progresiva invisibilidad del sujeto en la historiografía marxista hace también invisible las intenciones o la libertad de éste. Cuando hablamos de “intenciones” queremos delimitar el alcance teórico de este concepto. Lo uso en el sentido que lo hace W. Dray en su libro *Laws and explanation in History*, especialmente el capítulo titulado, “The rationale of actions”, retomando a Collingwood en *Idea de la Historia*, y a propósito del “social meaning” de las acciones de los hombres:

- Lo que sucede en la historia no lo hace porque alguien deseara deliberadamente que ocurriera.
- Los hechos sociales y los procesos están, en gran medida, compuestos de acciones, creencias y actitudes de individuos.

Lo cual no es muy diferente de lo que dice el sociólogo Bourdieu en el prólogo de su libro *La Noblesse d'État*, donde explica que existe una correspondencia entre las estructuras sociales y las estructuras mentales, entre las divisiones objetivas del mundo social -fundamentalmente entre domi-

nantes y dominados en los diferentes campos- y los principios de visión y división que los agentes les aplican. El análisis de las estructuras y de los “mecanismos” no consigue toda su fuerza explicativa y su verdad descriptiva sino porque incluye los logros del análisis de los esquemas de percepción, de apreciación y de acción que los agentes ponen en marcha en sus juicios y en sus prácticas.

### **3. ¿Podemos y/o debemos dejar de ser marxistas dentro o fuera del aula?**

Abandonar el marxismo o no, es algo más que un acto de ejercicio de libertad soberana del individuo, porque el marxismo ha constituido el instrumento más extendido de análisis social durante muchas décadas, con pretensiones bien establecidas de cientificidad. El marxismo organiza de manera sistemática una manera de entender los hechos sociales, políticos y económicos que tienen entre sí nexos causales y responden a ciertas relaciones de necesidad y todo ello en movimiento y en interrelación. Según Manuel Cruz: “Lo excesivo de la Historia es que incluye objetos de muy distinta naturaleza, individuos, clases, instituciones (iglesias, ejército, escuelas...), fuerzas sociales, etnias etc., y, ésto indujo a sus creadores a afirmar que todo acto, institución o relación social es fundamentalmente económico”. El citado autor

opina que quizá ésta fuese una actitud presocrática: “Sólo en los primeros días de la ciencia natural era razonable sugerir, como Tales, que todo es agua; de la misma manera, sólo en los primeros días de la ciencia social sistemática fue razonable o interesante sugerir, como Marx y Engels, que todo acto, o institución o relación social es fundamentalmente económico”. “Habría que decir -sigue afirmando - que la historia es un proceso sin sujeto: como la naturaleza. Pero de la naturaleza no existe una sola ciencia; ¿por qué seguir hablando, pues, de una ciencia de la historia?”

Por ello, yo no creo que sea ni fácil ni oportuno plantearse la conveniencia de abandonar una teoría de la sociedad que forma parte consustancial de gran parte de la producción historiográfica y de las ciencias sociales del siglo XX, sobre todo porque es evidente que en la medida que da cuenta de la fuerza de trabajo, de los medios de producción, de las formas de propiedad y de apropiación real por parte del no -trabajador del excedente, y en la medida que da cuenta de las relaciones sociales y del análisis del conjunto de clases en presencia, define una u otra formación social que permite una estructura de referencia para otros análisis de otras ciencias - o para otros relatos-sobre diferentes niveles o instancias históricas.

Creo que el marxismo no es la única ciencia de la Historia, o en él no se agotan las formas de comprensión posibles, que son múltiples y que tienen incluso

otras disciplinas sociales como instrumentos de análisis. Como dice Veyne, las preguntas al pasado son históricas, pero las respuestas vienen más de la mano del método sociológico.

También hay que decir que el marxismo ha sabido convivir con otras aportaciones, por ejemplo el estructuralismo, el psicoanálisis y con la historia interpretativa. Por eso sus límites también se han difuminado y es reductor definir un núcleo duro de “corpus” teórico.

Por eso creo que seguiremos siendo marxistas en el aula y fuera de ella, e, incluso, aquellos partidarios de la libertad y el azar frente a la necesidad, no pueden evitar caer una y otra vez en enunciados de claro contenido marxista.

Pero también considero que ha llegado el momento de que reconociendo la deuda de los historiadores y de todos nosotros con el marxismo reflexionemos sobre todo aquello que ha sido reductor y sobre los malos usos que ha introducido en la enseñanza. En la medida que el marxismo se presenta como un devenir ligado a la fatalidad tiende a producir explicaciones cerradas, que permiten poco ejercicio intelectual a los estudiantes. Me atrevo a afirmar que el modelo de enseñanza de la historia basado en la formulación de problemas abiertos, del tipo ¿cómo fue posible que...? permite un modelo de enseñanza de la Historia mucho más interesante. Por otra parte, el materialismo histórico ha privilegiado unas opciones de contenidos y una toma de

decisiones por parte del profesorado que también ha sido reductor y que en gran parte ha descolgado la historia enseñada de la historiografía en constante movimiento. Hay que introducir los temas de la nueva historia en las aulas y dentro de contextos generales, no de forma disociada del tipo “historia de...”, hay que plantearse la necesidad de insistir en una historia “por razones” que reintroduzca a los sujetos, en la medida que no son sólo productos, sino que tienen espacios de decisión y libertad. Hay que reintroducir la respiración del presente, olvidando cualquier tiranía del final y del sentido último de la Historia. Sin embargo, hay que recuperar un sentido menos trascendente de la Historia, pero que la hace más próxima a los estudiantes, la Historia sirve para el autoconocimiento humano, y, en ese sentido para la perfectibilidad, a través del conocimiento, de sus acciones y conductas.

Tenemos por último que conocer el impacto de los debates que las corrientes interpretativas y hermenéuticas han introducido en la Historia, a propósito de la intriga, del relato, de la estructura del mismo, de las diferencias entre explicación y comprensión, de la manera específica en que el relato histórico produce efectos de “verdad”, y, en qué sentido hablamos de leyes, de racionalidad o de causalidad

cuando hablamos de historia. Todo este campo debe formar parte de nuestra reflexión para que seamos capaces de conectar de manera creativa con las ideas de nuestro tiempo, y, así, rompamos el ciclo de recepción pasiva y tardía de lo que está pasando en el mundo en que vivimos.

### **Bibliografía**

- Azcárate, M. *Derrotas y esperanzas. La República, la Guerra Civil y la Resistencia*. Barcelona, 1994.
- Collingwood, R.G. *Idea de la Historia*. México, 1946.
- Bourdieu, P. *La Noblesse d'État*. Paris, 1989.
- Cruz, M. *Historia de la filosofía de la historia*. Barcelona 1991.
- Dray, W. *Laws and explanation in History*. Londres, 1957
- Furet, F. *Penser la Révolution Française*. Paris, 1978.
- Marcuse, H. *El marxismo soviético*. Madrid 1967.
- Thompson, E.P. *Miseria de la Teoría*. Barcelona 1981.
- Tocqueville, A. *El Antiguo régimen y la Revolución*. Madrid, 1980.
- Veblen, Th. *Teoría de la clase ociosa*. México 1944.
- Vilar, P. *Crecimiento y Desarrollo*. Barcelona, 1974.
- Catalunya dins l'Espanya moderna*. Barcelona, 1984.